

La personalidad democrática (*)

FRANCISCO ALBERTOS CONSTAN

INTRODUCCIÓN

En el ocaso del siglo XX, una necesidad crece más y más en el mundo del pensamiento: la de elaborar una teoría de lo complejo.

Las modernas sociedades viven en crisis permanente. Por todas partes surgen verdaderas epidemias de problemas complejos, sin solución aparente, que comprometen más y más la imprescindible adaptación del hombre individual a su medio social y cultural. El proceso parece no tener final. Como el equilibrista situado en posición antigravitatoria, todo hombre parece vivir un equilibrio precario, amenazado por las incesantes manifestaciones cambiantes del medio.

En estas condiciones, la anomia creciente, la pérdida de valores, la violencia indiscriminada, la insolidaridad y el desamor se van haciendo monedas de cambio imprescindibles para la supervivencia cotidiana de la mayoría. Es el resultado de una existencia en medio de la pura precariedad. Porque el sentido de la vida para el hombre es siempre luchar desde su radical desnudez contra la precariedad de toda su existencia y sostenerse en un equilibrio saludable. Y según la época que nos toque vivir,

el resultado de nuestra lucha contra la precariedad será más o menos lucido y aceptable.

Por el momento, ante lo que se resiste a ser dominado por nuestros recursos habituales de pensamiento, no nos caben sino dos actitudes divergentes: o la posición cerrada, prejuiciada en una ideología que predice resultados desde la mesa del despacho con tal de reducir convenientemente el campo de lo real a las premisas y objetivos que un grupo, clase o partido ha establecido previamente como verdaderos (y que tiende, por tanto, a prefijar falsamente los objetivos de nuestra lucha contra la precariedad), o la abierta, aceptadora de que lo real puede ser inabarcable con nuestra razón y que, en todo caso, cada nuevo instante trae nuevos matices de una problemática y exige una continua readaptación de métodos y principios. Ejemplo vigente hoy de la primera actitud es el marketing, en que se crea la necesidad en el consumidor antes de venderle el producto, con lo que la rentabilidad a corto plazo puede y debe precisarse, para dinamizar el proceso económico y asegurar la aprobación del ejecutivo intransigente, inflexible y oportunista de hoy, cerrado a cualquier tipo de negocio o transacción que no permita la predicción de importantes

(*) Intervención en las II Jornadas de Pensamiento y Sociedad, sobre "los grandes temas de la política española a debate". Colegio Mayor Universitario Empresa Pública, Madrid, marzo de 1993.

beneficios; aquí el proceso mercantil clásico se ha empequeñecido existencialmente y transformado unívocamente en proceso de enriquecimiento, como si ésta fuese la única meta válida, la única solución.

Para la segunda, podríamos tomar el ejemplo de ciertos educadores, artesanos o, simplemente, del navegante a vela, que gobierna su embarcación en función de factores externos constantemente cambiantes, por lo que le es imposible saber con precisión cómo y cuando llegará a su destino; esto hace imposible calcular previamente beneficios por el transporte y desemboca en una mentalidad de aceptación natural de contratiempos, sufrimientos y adversidades; la actividad aquí, por el contrario, es más que el simple desplazamiento: se convierte en un modo de vivir y estar en el mundo.

La de democracia es una idea compleja en su contenido y compleja en la manera como se asimila por cada individuo; no admite reduccionismos ni a priori oportunistas. Ante su complejidad es imprescindible un enfoque macroscópico, abarcador de todos los factores en juego en cada situación y aceptador, en cualquier caso, de que la realidad observada puede quedar siempre parcialmente oculta a nuestro intento investigador, como la fecha de llegada de nuestro navegante a vela.

Hay un sistema de percepción, pensamiento y sentimiento de la realidad social que podríamos llamar conciencia democrática. Ha evolucionado durante siglos, subido al carro histórico de diferentes ideologías que, como el cristianismo, proponían un modelo de hombre universal, comprometido radicalmente con su existencia. Está muy extendido en pueblos y naciones, pero en su más profundo sentido no es todavía masivo o numeroso. Este espíritu no reconoce ningún predominio de minorías, autoridades carismáticas o grupos de presión. Nos hace a todos iguales ante la ley y, por eso mismo, libres y responsables del establecimiento,

sostenimiento y ejercicio del poder público por parte de las minorías dirigentes en quienes necesariamente hay que delegar.

Un demócrata tiene derecho en conciencia a usar la sociedad y las instituciones con tal de que las haga realmente suyas y asuma el compromiso de sostenerlas, perfeccionarlas, enriquecerlas y profundizarlas. Igual que se hace con los seres hacia los que se siente amor o amistad, toda propuesta, todo cambio o transacción de significado social respetará en primera instancia el espíritu de los valores, leyes e instituciones depositarios de esa ideología. Esto hace siempre una madre respecto al hijo y, en su tiempo, debieron sentir los romanos egregios cuando iniciaban sus actuaciones en el foro con el saludo "Salve, Roma".

El demócrata tiene derecho al honor, la dignidad y la riqueza, con tal de que esos bienes no se obtengan y disfruten de manera oportunista, a costa del deshonor, la miseria y la indignidad de los demás. Tiene derecho igualmente a las peculiaridades de un idioma, una raza, unas costumbres y unos sentimientos de patria, país o nación, con tal de que su empleo y disfrute no sirva en ningún caso para agredir, menospreciar, discriminar o, simplemente, ignorar en otros ese mismo derecho.

Y, al integrar todos estos ideales, ha de sentirse necesariamente ciudadano del mundo.

Aparentemente, esta fórmula de convivencia es buena, pero mucho más difícil de practicar de lo que se piensa. La rapidez de crecimiento y progresiva complejización de las sociedades es tal, que el desorden, los desequilibrios, la presión adaptativa sobre la existencia del ciudadano medio es inasimilable y aparecen con inquietante facilidad formas comportamentales de indiferencia hacia lo social, de agresividad indiscriminada y egoísmo solipsista que deterioran la vida ciudadana y se contagian y extienden desde el adulto jo-

ven hasta el niño, el anciano, el marginado, el poderoso e incluso el pensador, el publicista, el educador, el médico y muchos otros responsables de la realidad social.

En la génesis de esta patología puede encontrarse la represión del niño dentro y fuera del hogar por el desconocimiento de las leyes psicológicas por parte de padres, educadores, médicos, sacerdotes, moralistas, publicistas y políticos. En toda circunstancia, el sujeto intenta escapar a la insoportable presión de la ansiedad, el desamparo, la frustración, los sentimientos de pérdida, culpa o amenaza. Y sus reacciones, adopta comportamientos de escape, desplazamiento, sublimación, racionalización, etc., que presentan una especial rigidez, tenacidad y resistencia al cambio o la rectificación, puesto que, en su origen, fueron para el niño "medicinas", es decir, soluciones más o menos eficaces, más o menos saludables para paliar sus emociones negativas de ansiedad, temor, frustración, celos, etc.

De estos síndromes antidemocráticos no escapan tan siquiera individuos próximos a credos liberales o humanistas. Y al crecer más y más las actitudes socialmente inarmónicas: neuróticas, oportunistas o irresponsables, la demanda de la vigilancia contra el desamor, la agresión, la negligencia o el engaño crece hasta niveles tan críticos que la suspicacia, la violencia y la insolidaridad lo ensucia todo y compromete cualquier fórmula saludable de convivencia. El efecto es parecido a esos fenómenos ocasionales de patio de colegio en que, de pronto, ante un supuesto peligroso de descubierta o castigo, alguien pronuncia el mágico "¡Marica el último y sálvese quien pueda!", que provoca la estampía y que, combinado inteligentemente al regreso de la huida con un "¡El que se fue a Sevilla perdió la silla", completa el cuadro de río revuelto y triunfo de la violencia y el nuevo orden oportunista.

TÓPICOS Y PROBLEMAS SEMÁNTICOS

Veamos ahora los problemas semánticos que han convertido en tópico la palabra democracia. Sabemos que los tópicos son palabras enfermas que se han contaminado de una variedad excesiva y a veces contradictoria de significados. Con ellos no hay más que una conducta eficaz: desintoxicarles de acepciones superpuestas que pueden aumentar la confusión semántica o difuminar su primitiva función. Hay unas cuantas palabras, indicadoras de ideas positivas muy valiosas, como sinceridad, bondad, justicia, etc., que todo el mundo cree conocer y, en pura teoría, nadie quiere perderlas como atributos de su personal modo de ser. Y, a causa de esto, con el paso del tiempo y las situaciones, cada individuo las reconvierte a su propio sistema de preferencias, intransigencias, frustraciones, anhelos y ambiciones. En la mente el comportamiento de tales palabras es camaleónico: como si tuvieran especial proclividad a ser secuestradas y recicladas, en función de las propias racionalizaciones y conveniencias del sujeto.

La crisis del comportamiento democrático tiene en parte su origen en problemas semánticos, en esa confusión de lenguas de que habla la Biblia. Pericles, Lincoln, Lenin, Stalin, Hitler, Mussolini, Churchill, De Gaulle, Mao, Franco, Adenauer, De Gasperi, Nixon, Fraga, la cúpula de ETA, Hormaechea y Felipe González se han declarado en todo momento demócratas convencidos. El hacendado terrateniente, demoliberal toda la vida en el casino de su pueblo, se movilizará con todos sus recursos para impedir que el trazado de la nueva autovía pase por el centro de sus fincas. El sindicalista, demócrata por conveniencia y por definición, amenazará con la huelga general cada vez que alguien le hable de reconversión de un sistema de producción caro y obsoleto o de eficacia y rendimiento laborales. La convivencia de intereses individuales, corporativos y generales

es el gran reto de cualquier sistema político.

La mayoría de lugares comunes sobre la democracia conducen a desvirtuar su idea originaria y, por tanto, a hacerla inservible como argamasa potencializadora de la convivencia y el progreso colectivos. Tiene demasiadas acepciones. Hay quien la entiende como un regalo o privilegio del pueblo que las minorías favorecidas querían arrebatarse. O como un derecho que, por fin, iguala a los hombres y sirve para bajar al rico de su pedestal. O como una oportunidad dialéctica para atacar y destruir el viejo orden elitista. O como un peligro, tal vez, que socava los cimientos del orden social, los buenos modales, la noble resignación de cada uno con su destino. O bien como una garantía de libertades ciudadanas irrenunciables, al ser el camino, la perspectiva de progreso para la posible construcción de una estable convivencia colectiva. O también como la compensación igualitaria por el ejercicio del derecho al voto que ingenuamente subsanaría carencias culturales, desigualdad de oportunidades y diferencias sociales y personales de difícil o imposible superación.

Como vemos, cada opinión oscila entre la versión ingenuista de la redención económica y el logro de las libertades y los sueños, o la versión humanista de un camino y entramado para potenciar en cada momento histórico lo mejor del hombre como objeto y sujeto a la vez de la existencia colectiva.

EL FALLO DE LA PRAXIS ¿QUÉ QUIERE UNO DECIR CUANDO DICE DEMOCRACIA?

Seguramente todos, ante un examen, diríamos que la idea de democracia apunta a una cierta equidad en el reparto del poder público que permite al ciudadano, a todo ciudadano, disfrutar igualitariamente de un grupo importante

de derechos y deberes, contemplados como deseables y necesarios por la mayoría del pueblo, representado en la Asamblea y documentado en la Constitución.

Por lo pronto, democracia es un sistema de normas jurídicas. Como idea es, al menos, tan deseable como la Verdad, el Bien, la Justicia o la Belleza, con raíces profundas en toda esa familia de sentimientos como solidaridad, equidad, igualdad de oportunidades y derechos humanos. Su imparable ascenso e instalación en la cultura de masas revela un avance positivo del espíritu hacia la luz y es lógica su aceptación teórica por parte de dictadores, demoliberales, poetas, banqueros, comunistas, monjes, traficantes de droga, militares, yuppies, terroristas, revolucionarios, publicistas e industriales prósperos.

Pero, al igual que acontece con el honor, la honestidad, el amor, la amistad, etc., Democracia es una dama tan evanescente e inasible como las sirenas de los antiguos argonautas. Admirada por todos, compartida por todos, escapa tenazmente, sin embargo, a nuestro natural deseo de ponerla en práctica. ¿Porqué esto es así? ¿Cómo se puede admirar y reconocer algo tan intensa y universalmente y, sin embargo, fracasa una y otra vez su puesta en práctica? ¿Es que puede bastar con la intención, con la satisfacción meramente lógica o intelectual?

Orega nos ha legado una impresionable reflexión a propósito de lo que acontece con las ideas. Piensa él que se pueden instalar en la mente de dos modos radicalmente diferentes. Como meras proposiciones que aceptamos con nuestro cerebro lógico y enriquecen en adelante nuestras opiniones. O, al contrario, como verdaderos arbotantes de nuestra conciencia que nos mueven a obrar e inspiran y colorean nuestro comportamiento; se integran así en nuestra estructura, en nuestro espacio interno de significaciones. A las convenciones de la primera clase llamó,

simplemente, ideas; a las de la segunda, creencias. "Con las ideas se convive, en la creencia se está", decía.

A causa de la diferente ubicación de unas y otras en nuestro espíritu, sus posibles deformidades patológicas alcanzarán así mismo rasgos y consecuencias muy diferentes. La patología más frecuente de las ideas es la superación, supresión o sustitución; el olvido; la bizantinización manierista; la racionalización suplantadora; la burda degradación tópica y adjetivante; la pseudosuperación acomodaticia y oportunista. Las creencias, en cambio, obedecen a otras leyes más profundas y su patología tomará características coherentes con dichas leyes. La personalidad misma, configurada y soportada por el temperamento y el carácter, debe verse afectada en profundidad para cambiar, suprimir o sustituir una creencia, fraguada siempre en el proceso de desarrollo y maduración del ser y responsable por tanto, de sus enfoques, sus respuestas, su manera peculiar de ver y estar en el mundo. La creencia, al decantarse en el crisol del espíritu, viene a calmar desafíos, frustraciones e insatisfacciones de los primeros años de la vida. Este proceso de organización y maduración estructural se ciemienta entre los dos y los siete años y se enriquece a lo largo de la adolescencia y juventud. Podemos aceptar que las creencias tendrán siempre mucho que ver con la maduración del yo, con el mundo de los sentimientos y afectos, con la educación. Por regla general, exhiben una biología comparable propiamente a la del ser humano que las soporta: durante la adolescencia caminos contradictorios espectaculares, instalación brusca e intransigencia; durante la juventud, mayor prudencia y menor extremosidad; durante la madurez y tránsito a la ancianidad, progresivo endurecimiento e inelasticidad.

Las creencias, pues, otorgan carácter, son componentes esenciales del carácter, que es eso que manifiestan los buenos actores en el escenario gestualmente, sin el concurso del texto de

la obra, como paradigmas o leyes ocultas del comportamiento. Las ideas que se dice defender, al contrario, son IDEAS en el sentido de Ortega. Las creencias alimentan la motivación consecuente, son parte activa, estructura del software y, por tanto, desembocan inevitablemente en la praxis.

La incoherencia en nuestro sistema de actitudes frente a la ideología aceptada es sólo una aparente paradoja. La praxis falla, porque habíamos colocado la carreta delante de los bueyes e ingenuamente esperábamos que fuese motor de nuestro comportamiento aquello —las ideas— que sólo puede vivir de los excedentes energéticos de nuestro intelecto. Podría juzgarse el grado de madurez de hombres, épocas y culturas por su capacidad diferenciadora de ideas y creencias, es decir, su capacidad de adecuar y armonizar SIGNIFICACIÓN, INTENCIÓN Y ACCIÓN. La coherencia, la praxis ideológica formal reclama en todo caso humildad, elasticidad, limpieza y firmeza, es decir, las imprescindibles cualidades de un yo fuerte y sano que se asume a sí mismo y asume el mundo.

Y claro está, las crisis emocionales, filosóficas, morales o psicológicas del sujeto repercutirán en el carácter y personalidad proporcionalmente a su capacidad destructiva. Por ello, afectan en igual medida el sistema de creencias, cuya estabilidad dependerá de esa elasticidad, capacidad de recuperación y equilibrio del temperamento y carácter de sujeto.

LAS CLAVES INDIVIDUALES DEL IDEAL DEMOCRÁTICO

¿Es posible establecer la biología de una idea, su gestación, nacimiento, crecimiento y maduración en el espíritu? ¿puede el ideal democrático funcionar como creencia? y, si así fuere, si la estructura del carácter y personalidad de un hombre puede estar impregnada de

un modo de ser democrático, ¿cómo son sus crisis, sus desequilibrios, su patología?

Se trata, pues, de analizar los aspectos comportamentales y no meramente verborreicos del carácter democrático. Liberalidad, tolerancia, no discriminación arbitraria, apertura dialogante, respeto a posiciones opuestas no compartidas y en general a la diferencia, a toda diferencia; solidaridad, sensibilidad positiva hacia los demás, espíritu ciudadano; aversión a soluciones violentas; desconfianza en el castigo, repugnancia a la denuncia; frente a todo conflicto, preferencia inequívoca por el diálogo y la persuasión; el triunfo de la mayoría supone gobernabilidad: no discriminación de la minoría. Toda decisión colectiva debe estar siempre inspirada en el respeto por los derechos humanos. Todo comportamiento individual, en pura higiene democrática, deberá inspirarse en las leyes de un organismo conexo e interdependiente con las leyes del medio ambiente que le es propio. De este modo, toda conducta estará impregnada de democratismo; el ejercicio de la profesión, la paternidad, la amistad, las asociaciones deportivas o la simple ciudadanía deberán merecer siempre el apelativo de DEMOCRÁTICO.

Al pensar detenidamente en este problema, nos encontramos frecuentemente con dos ideas fundamentales. La primera es que, en realidad, la actitud democrática es una actitud saludable, dinámica, pero abierta, inestable e impredecible, consecuencia siempre del adecuado equilibrio y funcionalidad de la estructura mental y espiritual del ser: algo así como un fruto circunstancial en el adecuado funcionamiento de esas estructuras, de igual manera que lo es la generosidad, la alegría, el amor o la amistad. El sentido de lo justo, la capacidad de sentirse a sí mismo y sentir al mundo, la intencionalidad siempre asumida y la resolución responsable son los pilares básicos y el caldo de cultivo del talante democrático.

De poco vale definir la actitud democrática únicamente como antiautoritarismo, no violencia, no segregacionismo, no convencionalismo estereotipado, no irresponsabilidad entreguista y masoquista ante la fuerza que se nos presenta como imparable o inevitable. Es todo eso y mucho más y, al mismo tiempo, cada nuevo instante, cada nueva situación, invita a recrear lo que sería en ese instante una actitud democrática. Negarse de manera simplista a la violencia impuesta por una determinada situación, o a la selección necesaria en los grupos, o a la inevitable uniformidad en los colectivos, o al acúmulo de poder en una cadena de mandos, más que actitud democrática sería una estupidez.

La segunda idea es que democracia, para madurar en los individuos y florecer en la existencia cotidiana de cada uno, sugiere un comportamiento educado, sugiere buena educación; como la necesaria, al menos, para interrumpirse durante el paseo en una acalorada e inteligente conversación y ayudar a un anciano a cruzar la calle. Y del mismo modo que no sería convincente una escena de amor con actitudes desconsideradas y groseras de los participantes, la democracia no es creíble ni operativa desde la insolidaridad, el recelo, la malicia, el abuso de poder y el solipsismo; todos ellos son pequeños detalles que descalifican al pretendido demócrata, como se descalifica el pretendido socialista que dice ser del Partido Popular al mismo tiempo.

Hay que potenciar ese inmenso y delicado mundo de la buena crianza que genera comportamientos positivos, superadores, allá donde el cansancio, la ira, el miedo o la soberbia inducirían actitudes beligerantes, arbitrarias, oportunistas o de castigo. Igual que para ser intelectual no basta con llevar gafas, para ser demócrata no basta con leer diarios de esa orientación, apuntarse a partidos con esas siglas, ser de condición humilde o pobre y desheredado. Hay que diferenciar siempre al espectador del actor, al pregonero del

alcalde, al simple consumidor o beneficiario del creador o responsable del sistema.

Ahora bien, los frutos de una educación democrática raramente se pueden cosechar mediante la presión de las leyes, propaganda o actitudes policiales coercitivas. Vale aquí el adagio de que sería peor el remedio que la enfermedad. Una actitud democrática se siembra en la escuela, se cultiva en los años de adolescencia y juventud y se cosecha para sí y para los demás siempre que aparecen formas de desorden, crisis o neurosis colectivas, cuando el mundo entero parece ir contra nosotros y todavía somos capaces de sentir solidaridad y espíritu ciudadano en nuestro corazón y negarnos a ceder al mero oportunismo.

“¿Y eso por qué”, ¿por qué no puedo yo aprovecharme y saltar el primero por la ventana del edificio en llamas si nadie me vigila, si nadie parece saber el camino?”, dirá, seguramente, el oportunista avezado y malicioso. La contestación es sencilla e imposible a la vez, porque supone manejar sentimientos, actitudes, que el oportunista no posee ni puede comprender. Habría que decirle, sencillamente, que el mundo es mío en la misma proporción que yo pertenezco al mundo y que la Humanidad se salva cada vez que un hombre es capaz de renunciar a la propia comodidad, seguridad o beneficio en aras de alguien a quien no conoce más que en su mera condición de OTRO.

¿Hay o puede haber una educación democrática, una medicina democrática, una cultura democrática, una justicia democrática, una política democrática? La respuesta es sí, con tal que aceptemos que, en el actual estado de cosas, el carácter democrático, para no ser autodestructivo o inviable, no puede ir más allá de la tendencia, inclinación, vocación o talante. Más que lo que pudiera atribuírsele positivamente, al demócrata o a la institución democrática se la define hoy por lo que no es

ni puede ser **ESTRUCTURALMENTE**: autoritaria, segregacionista, reduccionista, intransigente, culpabilizadora.

Para un demócrata, la responsabilidad, la dignidad y el honor son fruto y **CONSECUENCIA** de la integración del individuo en el entramado de la cultura en que vive. Y, como la madre renuncia a su hijo para salvarle en el juicio salomónico, lo que importará siempre para salvar la democracia, antes que cualquier forma de oportunismo individual, será la vigencia, el vigor de los valores antedichos.

Hay muchos agentes capaces de comprometer o subvertir esa reacción espiritual integradora que otorga coherencia al comportamiento del hombre sano y maduro. Durante la infancia, la negligente indiferencia afectiva en el hogar y/o la escuela, puede generar en la vida adulta un carácter resentido o excesivamente orgulloso; el protagonismo aplastado o anulado en los primeros años puede ser el germen de un carácter obsesivo e irresoluto; la ansiedad neurótica puede aflorar en personas con infancias muy presionadas por el compromiso y el sentido del deber; la depresión agresiva y culpabilizadora puede tener su base en un fuerte sentimiento de desamor soportado durante los primeros años.

Y cuando en la vida adulta suba mucho la intensidad de la presión social a causa de la familia, el trabajo, la economía, la política, etc., el sujeto producirá automáticamente las reacciones que aprendió a elaborar de pequeño para aliviar sus tensiones frustrantes. Si, por ejemplo, aprendió a sublimar el miedo y el odio al autoritarismo del padre mediante un respeto y un cariño exagerados y ritualistas hacia su persona, cuando un dictador solicite ese mismo cariño y respeto incondicionales en nombre de la patria o incluso de una supuesta democracia, él se convertirá gustoso en uno de sus más conspicuos y exigentes soldados. Y si en vez de un dictador se

lo reclama su jefe de empresa, el director de su colegio, el catedrático o cierto líder entre los ultras de un equipo de fútbol, el comportamiento sadomasoquista será equivalente: adorar al superior y golpear al desvalido o inferior.

La falta de armonización de valores y actitudes hurta al sujeto del necesario equilibrio y lo proyecta, como el agua de lluvia en una riada, en la dirección inadecuada, antieconómica e insana o incluso catastrófica a la que caracterológicamente es más proclive en ese momento.

El comportamiento democrático está ligado, pues, al desarrollo saludable de la personalidad. Como una dama pusilánime y asustadiza, en cuanto la presión social sube y se ciernen peligros o amenazas en el horizonte, la actitud democrática se retira, encoge o apaga.

La conducta antidemocrática suele ser cerrada, intransigente y autoritaria; no quiere jugar otro juego que el suyo

propio, con leyes previamente elegidas. Por eso, la única garantía para la profundización y arraigamiento del sistema democrático es el firme mantenimiento de un sistema de valores abierto a las minorías, a los marginados, a los enfermos, a los jubilados, al llanto de un niño, a todo nuevo factor imprevisto en cada circunstancia y ocasión. Y para dar ejemplo desde la cúspide, el poder se prohibirá a sí mismo fijar las condiciones del inevitable e incesante cambio social.

Políticos en el gobierno y fuera del mismo, educadores, sacerdotes, médicos, publicistas y hombres públicos en general, somos responsables de la creación, conservación o deterioro de la necesaria atmósfera de opinión favorable a este modelo humanístico. Es necesario vivir el presente integralmente, con toda la lucidez y responsabilidad posible. Puede que no podamos construir todavía un mundo democrático, pero podemos ser demócratas.